

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA

SUBSIDIO PARA ORAR EN FAMILIA
EL DOMINGO DE PASCUA
DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR



DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA



DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Subsidio para orar en familia

Este momento de oración tiene lugar a cualquier hora del Domingo 12 de abril.

La celebración en familia puede ser guiada por el papá o la mamá, o el miembro que haga cabeza en la familia.

Guía: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos: Amén.

Guía: Bendigamos a Dios Padre,
que nos reúne en nombre de Cristo
para que unidos con toda la Iglesia
estemos en comunión los unos con los otros
por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos: Bendito seas por siempre, Señor.

Guía: Queridos hermanos, Jesucristo murió por nosotros, y con su muerte dio muerte a nuestra muerte, y con su resurrección nos ha dado vida nueva. Esta vida es un regalo que Dios nos dio en el día de nuestro Bautismo y nos lo ha conservado hasta el día de hoy. Así, pues, al celebrar la Resurrección del Señor queremos celebrar nuestra propia resurrección en ese día, personal para cada uno de nosotros.

Llenos de alegría por este don del Señor, juntos oremos con el Salmo 115, cantando:

*Éste es el día en que actuó el Señor;
sea nuestra alegría y nuestro gozo.
Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
¡Aleluya, aleluya!*

Que lo diga la casa de Israel:
“es eterna su misericordia”.
Que lo diga la casa de Aarón:
“es eterna su misericordia”.
Que lo digan los fieles del Señor:
“es eterna su misericordia”. **R.**

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
“La diestra del Señor es poderosa;
es excelsa la diestra del Señor”.
“La diestra del Señor es poderosa;
es excelsa la diestra del Señor”. **R.**

Abridme las puertas del triunfo
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.
Yo no he de morir, yo viviré
para contar las hazañas del Señor. **R.**

La piedra que el cantero desechó
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
esto ha sido un milagro patente.
Te doy gracias porque me escuchaste,
porque fuiste mi salvación. **R.**

Entonces el que guía dice:

Del Evangelio según san Mateo

28, 1-10

Transcurrido el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran temblor, porque el ángel del Señor bajó del cielo y acercándose al sepulcro, hizo rodar la piedra que lo tapaba y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba como el relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: “No teman. Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho.

Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: ‘Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán’. Eso es todo”.

Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: “No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán”.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía invita a los presentes a guardar un momento de silencio para interiorizar el Evangelio escuchado.

Enseguida, juntos hacen la profesión de fe, que conviene se haga con el “de los Apóstoles”, que nos recuerda particularmente nuestras promesas bautismales y por lo tanto la gracia de nuestro Bautismo que queremos renovar en esta Pascua. Si tienen sus velas, las encienden en este momento, especialmente si tienen el cirio pascual utilizado en la Vigilia de oración en la Noche santa.

Guía: Queridos hermanos, por medio del Bautismo, hemos sido hechos partícipes del Misterio pascual de Cristo; es decir, por medio del Bautismo, hemos sido sepultados junto con él en su muerte para resucitar junto con él a la vida nueva y eterna. Así, celebrar la Pascua del Señor es celebrar nuestra propia Pascua. Por eso, después de haber prepararnos durante la Cuaresma para celebrar la Pascua, es muy conveniente que renovemos las promesas de nuestro bautismo, con las cuales un día renunciamos a Satanás y a sus obras y nos comprometimos a servir a Dios, en la santa Iglesia católica.

Renovemos, pues, nuestras promesas bautismales, diciendo juntos:

Renuncio a satanás, a todas sus obras y a todos sus seducciones.

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padece bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.

Amén.

El que guía concluye, diciendo:

Guía: Pidamos a Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos liberó del pecado
y nos ha hecho renacer por el agua y el Espíritu Santo,
que nos conserve con su gracia
unidos a Jesucristo nuestro Señor, hasta la vida eterna.

Todos: Amén.

Luego, el que guía, invita a orar, diciendo:

Guía: Habiendo renovado nuestras promesas bautismales, queriendo participar plenamente renovados en la vida nueva que Cristo nos ha dado, oremos al Señor, llenos de confianza, diciendo:

R. Señor, tú eres nuestro Dios y salvador.

1. Porque hemos muerto al pecado contigo y por eso hemos renunciado a seguir viviendo bajo su influencia. **R.**

2. Porque hemos resucitado contigo a la vida nueva y por eso prometemos vivir como hijos de Dios. **R.**
3. Porque nos has hecho Templo vivo del Espíritu para que seamos tus adoradores en espíritu y en verdad. **R.**
4. Porque nos has ungido sacerdotes como tú para que ofrezcamos cada día nuestras propias vidas como sacrificio agradable al Padre. **R.**
5. Porque nos has ungido profetas para que nuestras obras hablen de ti y den gloria al Padre que está en los cielos. **R.**
6. Porque nos has unigdo reyes para que sirviéndote a ti en nuestro próximo demos fruto para la vida eterna. **R.**
7. Porque nos has revestido de tu misma vida para que la conservemos sin mancha hasta la vida eterna. **R.**
8. Porque nos has dado la luz de la vida para que tu luz brille entre los hombres. **R.**
9. En estos momentos de emergencia. **R.**

A continuación, el que guía invita a que todos oren con la Oración del Señor, diciendo:

Guía: Ahora, juntos, como hijos de Dios que somos, oremos al Padre como el mismo Hijo de Dios nos ha enseñado:

Y todos juntos dicen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Comunión espiritual

A continuación, el que guía puede invitar a hacer la comunión espiritual, con estas palabras:

Guía: Es importante recordar que la “la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa” y que, por lo tanto, la Comunión espiritual que “es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo, digamos juntos:

Creo, Jesús mío,
que estás verdaderamente
en el Santísimo Sacramento del altar;
te amo sobre todas las cosas
y deseo recibirte en mi interior.
Pero ya que ahora no puedo hacerlo sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.
Y como si ya hubiera comulgado,
te abrazo y me uno todo a ti.
Señor, no permitas que me separe de ti.

O bien, esta otra:

Jesús, ya te extraño;
aunque deseo comulgar en este momento,
tengo que esperar
hasta que pueda participar en la Eucaristía,
por eso te pido que vengas ahora
espiritualmente a mi corazón.

Y todos guardan un momento de silencio.

Luego, todos juntos cantan o recitan la secuencia:

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?

A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.

¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua.

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor,
apiádate de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.

El que guía, continúa, diciendo:

Guía: Señor, Padre nuestro,
pedimos que tu amor
nos acompañe y proteja siempre,
y que pudiendo participar de tus sacramentos
podamos llegar a la gloria de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

Finalmente, el que guía, invoca la bendición de Dios para los allí presentes, diciendo:

Guía: Tu bendición, Señor,
nos guarde siempre del pecado,
para que, habiendo sido renovados por ti
y habiendo renacido a la vida eterna,
tu gracia nos permita llegar
a la alegría de la Pascua eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos trazan el signo de la cruz mientras el guía continúa diciendo:

Guía: Demos gracias al Señor, porque es bueno. Aleluya, aleluya.

Todos: Porque es eterna su misericordia. Aleluya, aleluya.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros de que proveerás,
para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría
y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba
y líbranos de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.